

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 6, Diciembre 1997

Una mirada a Israel. La emigración: un punto de vista dinámico. Lo singular en Israel

Sergio Gerszenzon

pp. 126-131

Una mirada a Israel

La emigración: un punto de vista dinámico. Lo singular en Israel

Sergio Gerszenzon

El analista, cuando va al corazón de la cosa y hace emerger la verdad, también siente dolor, no es agradable; hay mucha violencia cuando uno tiene que decir justamente eso que sabe va a ser muy doloroso.

Guillermo A. Martin

ES posible pensar la emigración como un fenómeno psicosocial por medio de su integración en la serie de crisis vitales por las que atraviesa todo ser humano en el transcurso de su existencia.

El destete, el ingreso al jardín de infantes y luego a la escuela primaria, el servicio militar, la universidad, el casamiento, el nacimiento de un hijo: todos estos son jalones universales de aquello denominamos vida humana. Las circunstancias específicas que signan a todo individuo, y por las que lo conceptualizamos como igual y diferente, también pueden observarse desde la misma perspectiva.

Dichas crisis son denotadas por:

a) La sensación masiva de enfrentarse con lo absoluto desconocido: desde Freud, lo desconocido alude a lo conocido, sepultado en la profundidad del inconsciente por efecto de la represión. Lo nuestro, *Das Unheimliche*, según Freud, connota la

familiaridad como su característica intrínseca y esencial.¹

b) El fenómeno de la regresión y la apelación a mecanismos arcaicos: Ante la emergencia de toda desestabilización en la estructura psíquica, el sujeto recurre a sistemas complejos, anudados en "ideas inconscientes", mediante los cuales, alguna vez y en los albores de su biografía, pudo "resolver", y remarco el entrecomillado, el conflicto. En psicoanálisis, la reflexión sobre el conflicto y su resolución se aparta de la concepción hegeliana de tesis-antítesis-síntesis; ningún conflicto es superado del todo, el trabajo consiste en sortear la amenaza de catástrofe implicada en cada peligro, evitar el derrumbe del principio del placer por la puesta en acto del principio de realidad.

Las fuerzas e instancias comprometidas en el suceso psíquico subsisten tal como antes del mismo, a la vez que toda experiencia nueva se inscribe también en el sujeto. Se trata de la eterna lucha, en el sujeto,

entre la compulsión a la repetición y la historización que, con un criterio en extremo riguroso, sólo podrá elaborarse dentro de un contrato psicoanalítico.

c) La identidad –el Yo, el sí mismo y toda otra denominación que inspiren las distintas corrientes psicoanalíticas– es un constructo en la estructuración del aparato psíquico. Y más allá de toda postura diferenciada, con sus efectos teórico-clínicos, todos coinciden en que el Yo –la identidad– es una instancia que organiza al sujeto en su relación con los otros, con el mundo exterior y con su interioridad. Para acceder al Yo, el sujeto se identifica primero con quien lleva a cabo la función materna, luego también con quien ejerce la función paterna y, seguidamente, con otros personajes significativos en su historia. Utilizo ex profeso la expresión “función materna o paterna”, a fin de destacar que no necesariamente aludo a los progenitores biológicos, aunque generalmente dichas funciones son cumplidas por los mismos.

Esta identificación, la toma de los otros primordiales como modelo de constitución, se produce fundamentalmente por medio del mecanismo de la idealización.

Así, en una particular conceptualización, al principio el bebé no se diferencia a sí mismo de su madre; cuando se produce la diferenciación, su movimiento siguiente es el intento de incorporarla masivamente; seguida e ineludiblemente, en el proceso de diferenciación, la toma como modelo: así como es ella, es él. Está a cargo del Yo asumir imaginariamente la integridad del sujeto, a imagen y semejanza del otro.

Del seno del Yo se cristalizan dos subinstancias: el Yo Ideal, por el que el sujeto, insisto, vía el Yo, encuentra su polo de estabilidad, de permanencia. Y el Ideal del Yo, aspiración de anhelos, meta de todo proyecto, polo de acción y, por lo tanto, desestabilización. Ambos polos participan como extremos del mismo eje de idealización.

¿Cómo se inscribe en esta línea el tema de la emigración?

Pensamos que si la emigración integra la serie continua de crisis vitales, se reproducirán los fenómenos que señalé:

a) La repetición del enfrentamiento con lo desconocido –país, gente, cultura, idioma– da lugar a una sensación en la que no se cuenta con casi ninguna defensa que instrumente una eventual adecuación; más precisamente, sólo es posible el despliegue de aquellos mecanismos que fueron “eficientes” en circunstancias ya míticas. Básicamente, esto implica una regresión masiva, el sentimiento de empezar todo de nuevo desde un supuesto punto cero.

b) La puesta a prueba de la identidad recorre el campo de tensión entre el Yo Ideal y el Ideal del Yo con casi la máxima violencia: ¿Qué soy? ¿Quién soy? ¿Qué tengo conmigo en este nuevo viaje a lo desconocido?

Más allá de la amplitud y profundidad de la toma de conciencia atinente a la decisión de emigrar, existe un sustrato, del orden de lo inconsciente, que lleva al inmigrante a bascular entre los polos: la atracción por el Yo Ideal, extremo de la estabilidad, lo lleva a jerarquizar, a idealizar todo aquello que dejó atrás. No importa que haya decidido emigrar, y en ese sentido abandonar algo; lo han obligado, lo han abandonado, y está de nuevo solo, como aquella otra vez primordial.

El Ideal del Yo, como promotor de realización de anhelos, como su posibilidad de cumplir con el Deseo, lo empuja hacia “adelante”.

Metas ideológicas, aspiraciones personales en lo laboral, la búsqueda por desahucarse de ciertas ataduras asfixiantes, todo es metido en una misma bolsa, el saco de lo inconsciente, donde bulle la oscilación entre la nostalgia y la denigración, entre el rescate y la decepción.

La respuesta individual a estos estímulos que, enfatizo, son universales, comprende una amplísima gama de efectos, signados por aquellos recursos primarios que cada uno instrumentó.

Entre la nostalgia masiva, que en casos extremos linda con la melancolía hasta llegar a un grado patológico, y la manía de hacer, todo, ya, los medios de que dispone cada sujeto responden a su exclusiva formulación inconsciente: aquello que Freud denominó “la novela familiar del neurótico” y que, salvando significativas distancias, Lacan llamó “el discurso del fantasma”.²

Es así que escuchamos con frecuencia: “no hay como la Argentina... la pizza de Buenos Aires... no puedo acostumbrarme al griterío en todos lados...”, como asimismo: “cómo pude soportar tanto tiempo no ejercer mi profesión... acá no se escucha que haya hambre... la corrupción... el antisemitismo...”.

Surge entonces el cuestionamiento respecto de la identidad: ¿Soy argentino, judío? ¿Ya soy israelí? ¿Nunca más chileno, uruguayo?

Propongo una visión en la que privilegio la puesta en escena de ese campo de tensión que se origina entre el Yo Ideal, imaginario en la idealización del lugar y la función materna, ambas internalizadas, y el Ideal del Yo, también del orden imaginario, de la función paterna que nos impele a la acción, a la prosecución de ideales, nunca del todo satisfechos, porque por definición de estructura, el sujeto está sujetado al Deseo.

De este modo, la tarea, gigantesca de por sí en el nivel consciente, de efectuar un movimiento siempre radical, tal como es la emigración, sea ésta forzada, forzosa y/o voluntaria, produce un recorrido en y por el inconsciente.

Recorrido que nunca es lineal, siempre se produce en zig-zag, más o menos vertiginoso y/o frecuente: del polo del Yo Ideal, en su vertiente de atracción por el pasado, al polo del Ideal del Yo “hacia” el futuro.

Acercamientos y alejamientos hacia uno u otro extremo que están también signados por la puesta en acción de, al menos, otro mecanismo significativo en tanto se hace presente desde la constitución del Yo: el mecanismo de negación.

Por este mecanismo que, erróneamente, es a menudo estigmatizado como negativo, por una parte disociamos operativamente la internalización de la realidad denominada externa para, precisamente, poder actuar sobre ella; y por otra parte se produce una división tajante, rígida y absoluta de ese mismo entorno, cuyo efecto es una “esquizofrenización”, ahora ya en el seno de la estructura psíquica del sujeto.

En el mejor de los pronósticos, oscilamos entre borrar con frenesí cada huella interna del pasado o eliminar toda asimilación de un presente que se nos presenta como complejo, agobiador e insostenible.

Pero a menudo tal oscilación, que con mayor exactitud se caracteriza como una basculación entre dichos extremos —el Yo Ideal y el Ideal del Yo—, de tiene su ida y venida en un punto más cercano a uno de los polos, fosiliza la posición del sujeto, “sacrifica” al otro en el altar del primero.

Se destaca desde esta perspectiva el rol del idioma de origen como lugar y función sintetizadores de las raíces, la cultura primordial, lo estable y permanente. No es casual que la llamemos lengua materna. La madre es quien nos dirigió las primeras palabras, siempre impregnadas e impregnantes de carga afectiva, no importa cuál sea el efecto de ésta. Al unísono, la madre, en su función, ha sido portadora repre-

sentativa de la cultura *in toto*, a la que pertenece y la que transmite.

¿Cómo renunciar y abandonar, como siendo abandonados,³ esos sonidos, su ritmo, cadencia y articulación específicos? ¿Cómo desalojar todo aquello para habilitar en ese mismo “espacio” a un lenguaje foráneo por definición? Foráneo, digo, en tanto que es ajeno a nuestra historia y, en particular, a la fantasmaticación de dicha historia; es decir, a la versión singular, única e irrepetible, que cada uno de nosotros hemos hecho, como sujetos, de esa historia que es, al mismo tiempo, compartida. En ese idioma.

Reitero que este plano de la realidad psíquica se refleja en el seno del campo de tensión entre el Yo Ideal y el Ideal del Yo. Quizá sea por ello que no se trata simplemente de incorporar otro idioma más; que en el contexto de la emigración, la problemática no se reduce a una cuestión puramente neurolingüística, la cual está incluida, sin lugar a dudas, en el conjunto de factores que se integran en un sistema. La experiencia ya nos ha indicado que en situaciones menos comprometedoras la asunción del conocimiento de un idioma “agregado” resulta más o menos flexible y fluida.

Pero, ¿qué hacer con nuestra pena, hasta el dolor, cuando verificamos inexorablemente la progresiva pérdida de ciertos términos y hasta

de la misma sintaxis del idioma materno? ¿Cómo explicarnos esta “necesidad”, que a menudo reaparece con brusquedad, de volver a reunirnos en grupo y darnos el gusto, como en un baño de inmersión, de hablar en aquella lengua, la propia y única desde el primer momento?

Como en ondas expansivas, el conflicto se adhiere y penetra a la cultura en general; costumbres, utensilios cotidianos, el acceso a los medios de información, espectáculos artísticos, la literatura, las diferencias que habría en la simple asistencia a un partido de fútbol; todo deviene en un abismo, a menudo insalvable, entre la estación de partida y la de arribo.

Las crisis de emigración son pensadas como el atravesamiento, el entrecruzamiento de culturas, básicamente como el encuentro desencuentro de idea-



lizaciones, transportadas desde la intimidad del sujeto hacia el estrato social, nunca eliminadas del todo. Quizá ello explique el fenómeno de permanencia de los Días Nacionales de... en los que distintas etnias recuperan el acervo de canciones, vestimentas y comidas típicas. Día de Fiesta, habilitación para lo prohibido, acotamiento de la transgresión.

Es ésta la activación del vigente par antitético deseo/resistencia al cambio, en el que sólo por el despliegue de la resistencia verificamos el proceso en sí. Sólo en la fuente inagotable de la búsqueda de la prosecución de anhelos se reafirma el Deseo, nunca realizado, como causa de la estructura psíquica.

La emigración a Israel presenta singularidades psicosociales remarcables.

En primer lugar constituye la puesta en acto no sólo de un movimiento común a toda emigración, sino de la *aliá* (inmigración, ascenso).

La carga ideológico-afectiva se multiplica en el significativo ascenso. Ascensión que pone al rojo vivo la dialéctica del conflicto, que tensiona al máximo la oposición entre los cabos del campo propuesto.

En tanto que, básicamente, el Yo Ideal pugna por sostenerse en el lugar y la cultura de origen, la tendencia hacia el cambio, ofertada por el Ideal del Yo, es redoblada, en la misma vía de idealización, por la búsqueda de raíces, ahora mucho más mediatizada geográficamente y generacionalmente.

Pero, ¿cuáles son esas raíces? ¿Las de los padres y abuelos que habían emigrado? ¿Las de quienes arribaron a nuevas playas, hace aproximadamente cien años o menos, provenientes de la Europa Oriental o las de quienes partieron de distintos puntos del Medio Oriente?

¿Quizás las raíces se remontan a 500 años atrás, cuando la expulsión de la Península Ibérica dispersó la semilla semítica en países más acogedores?

¿O acaso la condición de judío errante comenzó hace dos mil años y condensa una "entidad" en el dorado de las colinas de Jerusalén?

¿De qué entidad intentamos extraer una esencia cuando recorremos los barrios de Gueúla y Meá Shearim, poblados, entre otros, por generaciones que conservan su distinción sefardí al mismo tiempo que refuerzan su ortodoxia con usos, costumbres y vestimentas que evocan los *shtetlej*?⁴

Una posible respuesta a estas interrogantes es que la entidad, en tanto producto de una elaboración, imaginaria y simbolizable, es un constante ser-siendo-haciéndose.

Al mismo tiempo, la "magia" de estos fenómenos permite que, quinientos años después de la expulsión

de la Península Ibérica, sucesivas generaciones preserven, en Sulimán como en Turquía, en rincones de Bulgaria como en el Marruecos español, en Salónica como en Hebrón, la "pureza" de un idioma como el ladino.

Otro fenómeno lingüístico que conlleva todo el peso psíquico del significante produce aún hoy efectos no suficientemente jerarquizados: al proceso de adaptación-adopción respecto del inmigrante, se lo denomina *klitá*.⁵ Absorción. En el inconsciente este término es traducido por chupamiento. Y, por desplazamiento, chupado es equiparado a extenuado, consumido. La propuesta, feroz en demasía, redobla la resistencia. Es un exceso "reclamarle" al inconsciente que se preste, sin más, en absoluta pasividad, a ser chupado, absorbido. Extenuado.

Paralelamente, la marca psíquica de esta denominación conlleva otra connotación. La concepción ya no es la de encuentro de culturas, sino la de una cultura como ama de todas las otras; pero ya es sabida la dialéctica del amo y del esclavo, por la que la supuesta dependencia de éste respecto de aquél deviene en una de verdadera reciprocidad. Es decir, el ejercicio del amo como tal depende de la existencia del esclavo.

Además, sabemos cómo esa ideología, llevada al plano de la instrumentación política, intentó efectuar la erradicación, casi de modo quirúrgico, del idioma y la cultura de origen de los inmigrantes, en número millonario y en sucesivas generaciones, provenientes de decenas de distintas etnias y formaciones socioculturales, sustentadas en siglos de acumulación cultural, a lo largo y a lo ancho del globo terráqueo. Por suerte, más allá del daño acaecido, no tuvieron la fatalidad del éxito.⁶

Cabe reflexionar cómo esa batalla que la interioridad de cada sujeto humano libra por conservar inmanejable una entidad anterior, al mismo tiempo, generar constantemente una entidad "nueva", se traslada al plano socio-cultural, siempre candente. De este modo, además de estar al servicio de diversos intereses, de los que alguno es totalmente espúreo, la polarización da lugar a la "esquizoidea" cultural. Sefardíes versus ashkenazíes, marroquíes versus curdos o yemenitas, rusos frente a etiopes, inclusive en el sedimento de la chistología popular, fuente y evidencia de los mitos: todo es testimonio de que en Israel estamos *infans* aún en esta ciclópea tarea de acrisolar otra cultura, todavía en la etapa "del Yo Ideal". Es decir, en la idealización de aquello que "fue" como si hubiera sido, como algo definido y definitivo y no como un proceso en permanente recreación.

Quienes en el psicoanálisis hacemos nuestros muchos de los desarrollos de Lacan, reconocemos como aporte suyo el descubrimiento de los tres registros en

el acontecer psíquico: lo real, lo simbólico, lo imaginario.

En este espacio no corresponde explayarme sobre el carácter de lo real.⁷ Sólo volveré a señalar el papel gravitativo de los mecanismos de identificación e idealización en la constitución del Yo. Que, por aquello de que la identidad se estructura “a imagen y semejanza de”, le otorgan su carácter de imaginaria.

El registro de lo imaginario, en cuanto máscara, más precisamente mascarada, tiene pues, una doble función: tanto obtura como denuncia el hueco que viene a “llenar”.

Lo imaginario suple la falta, motor de la estructuración psíquica. La prematureidad del sujeto humano precipita para siempre la condición de falta, fundamentalmente de falta de autonomía.

Un Yo supuestamente íntegro viene a llenar en lo imaginario ese vacío del ser y del tener. Y desde el Yo, a partir de su condición imaginaria y en relación engañosa, se arma la fábula de la identidad.

Digo fábula no en un sentido peyorativo sino porque, aunque produzca efectos significativos, no da cuenta de toda la verdad. En tanto se sustenta en la falta, la identidad está en constante elaboración, en puesta a prueba de su consistencia, de su legitimidad.

El registro que denota ese hueco, esa falta en la imagen, es el simbólico. Orden que nos dice de la condición de sujeto, o sea, sujetado al lenguaje, que en su preexistencia lo signa. Sujetado e inmerso en la cultura.

Sólo en la articulación del registro imaginario con el simbólico el ser humano puede dar cuenta del primero. Es en esa especie de confluencia de ambos donde el sujeto puede producir, procesar, hacer recorrido. Hacer historia, en la citada cadena de puestas a prueba; es decir, aquellos acontecimientos vitales en los que la identidad entra en crisis.

Una de las pruebas trascendentes es el movimiento de emigración.

¿Cuál es mi identidad? ¿Aquella, ésta, la oposición o la articulación de entrambas?

Pienso que a lo imaginario, que insistentemente da lugar a la frustración, sólo se lo puede ensamblar con el trabajo de simbolización. Tarea que, aunque perenne, no deja de ser gigantesca. Porque su alto costo implica el reconocimiento de la castración.

Por la castración, operación regia de lo simbólico, se posibilita el *quantum* de renuncia. Renuncia que es reconocimiento de que no se puede todo, ni estancarse en una definitiva identificación según el modelo del Yo Ideal, ni sumirse en el abismo absoluto que propone el Ideal del Yo.

Finalmente, la crisis y el proceso de emigración conllevan la elaboración del duelo, la cual es una renovada simbolización de la falta. Duelo por la pérdida, inaugurado a partir de la internalización de lo que dejamos atrás, como perdido en absoluto.

Pérdida en lo imaginario, aún cuando ésta coincida con la del orden de la realidad, pero que en el trabajo de duelo atraviesa por el constructo del fantasma. Este, en la significación congelada adquirida en la escena, repite: eso que se pierde, se ha tenido; y sólo así, única y solamente de la manera en que ese texto está escrito.

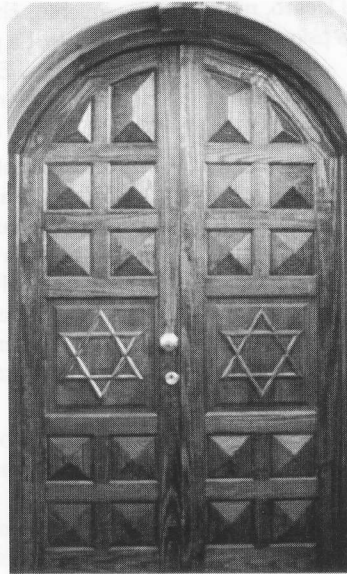
Freud afirma que en el proceso de duelo se internaliza al objeto, identificándose con él. Cuando tal identificación se produce de modo masivo en el registro de lo imaginario, enfatizo,

la estructura psíquica es inundada por la melancolía.

La elaboración del duelo consiste, pues, en la inversión energética que requiere la simbolización para, a partir del reconocimiento de la castración, ubicar algo de la falta – tarea siempre inconclusa. Que no se trata, precisa y únicamente, de la falta promovida por la emigración, sino de la cadena innumerable de faltas que jalonan la historia del sujeto. Y que, por otra parte, ese objeto primordial al que alude la falta, en el orden imaginario está encubierto, enmarañado en las redes sutiles y compactas de la idealización.

Concluyendo, el duelo denota la diferencia: lo que en el orden de lo imaginario y por efecto de la idealización se ha hecho grandioso, total y absoluto, adquiere una magnitud distinta por el trabajo de simbolización. No sólo que aquello de lo que nos hemos extrañado no fue ni es un paraíso, sino que, y fundamentalmente, lo llevamos encima y dentro nuestro por el resto de los días.

Hago mía la reciente expresión de un *olé jadash*:⁸ “mi nostalgia no es por lo que tuve, sino por lo que no tuve”. Agregó: y ya no tendrá.



NOTAS

- 1 Dice E. Pichón Rivière: "Según Freud, lo siniestro sería aquella especie de lo espantoso que es propia de las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás. La definición de Schelling de que lo siniestro es todo aquello que debería haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado, queda demostrada al estudiar el contenido profundo de este sentimiento (...). El factor de la repetición de lo semejante provoca bajo ciertas circunstancias la sensación de lo siniestro, recordando la zozobra que acompaña a muchos sueños (...). El factor de la repetición involuntaria es sólo lo que nos hace aparecer siniestro lo que en otras circunstancias sería inocente, imponiéndonos así la idea de lo nefasto, de lo ineludible, donde en otro caso sólo habríamos hablado de 'casualidad'" (1984, pp. 43-47).
- 2 En "La novela familiar del neurótico" (1908) Freud describe las distintas vicisitudes afectivo-representativas por las que atraviesa el sujeto humano, aparentemente como etapas evolutivas, en su relación con los padres. En el transcurso de otros treinta años en los que Freud desarrolló en la teoría y en la clínica las dificultades atribuidas entonces al llamado neurótico, fueron siendo borradas las fronteras con la supuesta normalidad. Los hitos señalados entonces se convirtieron en jalones estructurales comunes a todos. Así, el fenómeno denominado complejo de Edipo producirá, a posteriori, efectos de resignificación de todo lo vivido anteriormente, y asimismo funcionará como marca psíquica en todo acontecer futuro. El modo en que cada sujeto vivenció tal recorrido constituye el "argumento" singular, único e irrepetible de la universalidad de la novela familiar.
Francois Perrier dice respecto del fantasma: "Del mito personal del 'neurótico' a su fantasma fundamental, allí está toda la praxis analítica en la constante confrontación que impone entre la investigación histórica y el análisis de las producciones imaginarias favorecidas por la transferencia. En otras palabras, sobre el eje bisagra entre el mito y el fantasma, entre lo imaginario de las constelaciones significantes y la producción onírica, o imaginaria o realísticamente perversa, de tal paciente, sobre ese eje que traza todo movimiento de transformación, allí está el sujeto deseante en su permanencia respecto de los determinismos que lo marcaron y de los señuelos que crean en nombre del principio del placer" (1984, pp. 240-241).
- 3 Sigo en este punto los desarrollos de Melanie Klein acerca de los mecanismos de proyección e introyección por los que el bebé, en el proceso de construcción psíquica de sí, del otro y del mundo, adjudica a la madre sus propios contenidos de agresión, como basamento del acceso a su separación de ella.
- 4 En idish: *pueblitos*, expresión empática que alude a las pequeñas aldeas de la Europa Oriental (Polonia, Rusia) pobladas casi exclusivamente por judíos.
- 5 En hebreo: absorción, asimilación; arraigo, arraigamiento; captación, aprehensión; remoción.
- 6 Un ejemplo cercano lo constituye la Asociación Israelí de Escritores en Lengua Castellana, constituida sólo en agosto de 1985, mientras que la inmigración masiva de hispanoparlantes comenzó ya hacia 1948, en ocasión de la Guerra de la Independencia de Israel.
- 7 Tal vez sólo podamos apuntar que lo real alude a todo lo que queda excluido de la existencia humana por la inserción de ésta en el orden simbólico, que hace al sujeto determinado por el Otro. De este modo, lo real está siempre en su lugar, nunca falta al lugar que tiene, porque si faltara respondería a un orden, que es el simbólico. Lacan define a lo real como lo imposible, es decir, sólo definido por una operación que desde lo simbólico lo hace imposible. De este modo la llamada realidad no es lo real, sino que es efecto del orden significativo y de las cristalizaciones que impone lo imaginario.
- 8 En hebreo: inmigrante nuevo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Castoriadis-Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*. Trad.: Víctor Fischman. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1976). *Proyecto de una Psicología*. T.I. *La novela familiar del neurótico*. T.IX. *Totem y Tabú*. *Idem* T.XIII. *Duelo y melancolía*. *Idem* T.XIV. *Lo siniestro*. *Idem* T. XVII. *Psicología de las masas y análisis del Yo*. I.XVIII. *El Yo y el Ello*. T.XIX. *Inhibición, síntoma y angustia*. I.XX. *El porvenir de una ilusión*. T.XXI. *El malestar en la cultura*. T.XXI. En *Obras Completas*. Trad.: José L. Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu.
- Homstein, L. (1988). *Cura psicoanalítica y sublimación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Kaes, R. (1977). *El aparato psíquico grupal*. Trad.: Hugo Acevedo. Barcelona: Granica.
- Lacan, J. (1985). "El estadio del espejo", "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", "La instancia de la letra en el inconsciente", "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", "Posición del inconsciente". En *Escritos*. Trad.: Tomás Segovia y Armando Suárez. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1984). *Seminario: El Yo en la teoría de Freud*. Trad.: Irene Agoff. Barcelona: Paidós.
- (1994). *Seminario: La relación de objeto*. Trad.: Diana Rabinovich. Barcelona: Paidós.
- Le Guen, C. (1984). *La práctica del método psicoanalítico*. Trad.: Stella B. Abreu. Barcelona: Gedisa.
- Perrier, F. (1984). *El deseo y la perversión*. Trad.: Alan Pauls. Buenos Aires: Sudamericana.
- Pichón Rivière, E. (1977). *La psiquiatría, una nueva problemática*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1983). *Teoría del vínculo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (1985). *El proceso creador*. Buenos Aires: Nueva Visión.